

COOLPABLE

Tendencias culturales a un clic

Kultur joerak klik batean

Faleteros todos

11/12/07 Teatro Arriaga (Bilbao)

Texto y fotos: Estefanía Jiménez e Iker Merodio



¿Y por qué no? Coolpable estuvo en el Arriaga el 11 de diciembre con la mente abierta y ojos y oídos prestos a dejarse sorprender por una de las que dicen revelación del flamenco de nueva hornada. Falete, debutante en Bilbao, sevillano del 78, provocador desde el nombre hasta el vestido, gustó a mayores y niños –vamos, como “Los Serrano” –, y demostró que la copla más folclórica, si es que alguna vez dejó de serlo, vuelve a ser... *rosa*. Y no nos referimos a la pantera.

Dos horas de espectáculo nos

ofreció la compañía, y desde los primeros temas Falete hizo gala de habilidad para crear y alimentar un personaje a su medida, que lo distingue del flamenquito-pop reiterativo y comercialoide.

Acompañado de un grupo de palmeros que no dejaron de jalearle, dos percusionistas al cajón, dos guitarras, teclados y hasta bailarín gitano y guapo, el show estaba perfectamente medido para conseguir que el público puesto en pie, agitando sus banderas, gritara una y otra vez las grandezas de esta especie de Rufus Wainwright de la copla (o así).

Falete, que gira su tercer disco, “Coplas de nos han matao”, alternó canciones tradicionales como *María de las Mercedes*, *Tatuaje* o *La salvaora* –de Manolo Caracol, al que reconoció como uno de sus maestros–, con temas de sus anteriores trabajos y alguno que nos sonaba haber oído en boca de las divas castizas del papel cuché. Personalmente, nos gustaron más aquellas que estos, porque el mucho desgarró, las emociones contenidas, y los amores incomprensidos e inmortales es lo que tienen, aunque se hayan oído mil veces. No se le puede negar al muchacho que tiene un chorretón de voz, las maneras de la Jurado, y un aire un tanto viciosillo que incluso las señoras mayores (muchas) que había en el patio de butacas aceptaban con picardía, codo con codo con los modernitos confesos.

En los descansos, Falete salía del escenario para dar



protagonismo a la compañía, retirarse los sudores y de paso cambiar de vestuario. Si no nos extraña en la Pantoja –al lorito con un parecido más que razonable–, por qué no iba a hacerlo él. Tres trajes, tres, lució sobre las tablas, y resulta de justicia este momento “Sexo en Nueva York”: pijama azul pastel en rico tejido, doble mantilla –de hecho, empleó este complemento con profusión y gallardía, luciéndolas brillantes, vistosas, bordadas y/o de flecos–. Plumas en las mangas. El cabello, rizado y brillante, recogido en cascada por un broche de brillantes a juego con los pendientes, y unos anillacos tamaño onza. Los otros dos atuendos resultaron igual de vistosos pero tampoco es cuestión de seguir profundizando en el tema. Su calculada ambigüedad no es únicamente estética, y también alcanza a los registros vocales: nadie dudaría de que se trata de un hombre (¡y qué hombre!; ¿cien kilos en uno ochenta?), pero su voz no resultaba enteramente *masculina*...

La reivindicación orgullosa de su condición sexual, explícita al arrimar el ascua a su sardina en las letras de las canciones de un modo casi obscenete (“no se puede querer, no se puede querer, dos faletos a la vez, y no estar loco...”, y ahí queda eso) despertó la complicidad y las risas de un público heterogéneo, entre el cual se contaban a puñados los faleteros convencidos – o sea, los que coreaban casi a voz en grito los hits del artista–. En cualquier caso, se llevó la cerrada ovación de un respetable convencido de que estaba ante algo tan auténtico como especial.